

una doncella—por haber satisfecho una curiosidad (1). El Profeta David sabemos en qué abismo de miserias vino á caer por no haber mortificado la vista (2). Y nosotros mismos podemos atestiguar la parte principalísima que tienen los ojos no mortificados en las luchas de la carne contra el espíritu. Por lo mismo, conviene no ponerlos detenidamente en personas del otro sexo, ni en objetos que por su naturaleza ó por nuestra fragilidad ofrezcan algún peligro; ni volvamos ligeramente la cabeza á uno y otro lado, siquiera para no desedificar á los que tan buen concepto tienen de nosotros; y si bien no hemos de andar con los ojos cerrados, pero sea de suerte que podamos decir: «Veo, pero no miro».

Oídos. También debemos mortificar los oídos, no poniendo atención á la murmuración ó maledicencia, que constituyen el tema obligado de las gentes poco temerosas de Dios. En estos casos, procuremos desviar con delicadeza la conversación, y si esto no nos fuere posible por ser de mucha autoridad las personas que hablan, mostremos mal rostro á lo que dicen, para que entiendan que no nos parece bien aquéllo, ni gustamos de oirlo; pues, como dice el Espíritu Santo, *con la tristeza y gravedad del semblante se corrige el corazón del que peca* (3); y por ahí vienen á entender y caer en la cuenta que obran mal. Tampoco debemos complacernos en las lisonjas ó frases de mundano afecto que se nos dirijan, porque estas palabras blandas suelen causar desastroso efecto en el corazón, son el manjar predilecto del amor propio y redundan en menoscabo de la humildad, bajo cuya benéfica sombra debemos vivir siempre. Y si no podemos evitar estas ú otras frases impertinentes, portémonos de suerte que logremos afirmar con verdad: «Oigo, pero no escucho».

(1) Génes., XXXIV, 2.
(2) II. Reg., XI, 2.

(3) Prov., XXV, 23; Ecclesiast., VII, 4.

Lengua. Y ¿qué diremos de la lengua?... De ella afirma el apóstol Santiago, «que es un fuego del que se originan »grandes incendios de guerras y discordias» (1). *Ella es un manantial de iniquidad*, y tan difícil de enfrenar, añade el santo, que *quien no tropieza en palabras, puede decir que es varón perfecto* y que puede tener á raya sus pasiones (2). Por lo mismo, no hablemos sino cuando lo exijan la necesidad, la utilidad ó caridad para con el prójimo. *No salga palabra mala de vuestra boca*, dice San Pablo (3), sino todas vuestras pláticas sean siempre de cosas de edificación y de provecho para los oyentes, que los enciendan é inflamen en el amor de Dios y en deseo de la virtud y perfección. Tomando esto en cuenta, procuremos no hablar mucho, ni mentir, ni murmurar, ni criticar la conducta ó modo de pensar de nuestros semejantes, ni mucho menos de nuestros superiores, porque «esto sería »pestilencia», dice Santa Teresa; ni hablar en horas de silencio, sin evidente necesidad; ni de nosotros mismos, ni de nuestra patria, ni de nuestra familia, porque á todo eso hemos renunciado, y nuestra familia son los Santos, y nuestra patria, el cielo, y nuestro padre, Dios.

Tacto. Últimamente, seamos muy circunspectos en el sentido del tacto, el más pernicioso de todos, dice San Basilio, por estar derramado por todos los miembros del cuerpo, y éste es sumamente impresionable. Por lo mismo, debemos tratarlo con rigor, para que no padezca detrimento la virtud angélica; y si bien el sentimiento no es pecado, mientras lo repugne la voluntad, pero abre camino al consentimiento y á la muerte del alma. Y así, procuremos no poner las manos sobre otros sin necesidad, y en general evitemos todo juego de manos, impropio, no sólo del religioso, sino aun de toda

(1) Jacob., III, 6; Eccli., XXXVII, 21.

(2) Jacob., III, 2.

(3) Ephes., IV, 29; I. Petr., III, 10; Ephes., V, 4.

persona bien educada. Seamos también circunspectos en el servicio de nuestro propio cuerpo, y suframos con paciencia las enfermedades, dolores, frío, calor y demás molestias que no podamos evitar, procurando tenerle siempre á raya, esto es, tenerle sujeto al espíritu, porque es esclavo y no dueño.

Mortificación interior

El segundo medio que debemos practicar los que deseamos imitar á Jesucristo, es la mortificación interior, incluida en la frase: *niéguese á sí mismo*. Esta virtud es mucho más ardua y difícil de lo que parece, y muy pocos logran alcanzarla, por supuesto, por falta de resolución, porque, como dice San Jerónimo, «una cosa es renunciar y morir á las cosas del mundo, y otra renunciar á la propiedad espiritual del juicio y propia voluntad» (1).

Juicio propio. Lo primero que se ha de mortificar—dice San Felipe Neri—es el propio juicio, llamado por el profeta Ezequiel *ídolo del cielo para provocar á emulación* (2); ídolo abominable que desgraciadamente halla adoradores, aun entre personas consagradas á Dios, las cuales, harto pagadas de sí mismas, quieren vivir á su antojo, atropellando los preceptos divinos y el parecer de sus Superiores, y procurando introducir el suyo con título de celo. A este ídolo cruel adoró y consultó nuestra madre Eva, anteponiendo su propio juicio al juicio de Dios (3) y sumiendo al linaje humano en un abismo de desdichas. A este ídolo rindió homenaje el rey Saúl, y quedó privado del reino de Israel (4); pues, como dice Casiano, «ningún vicio tiene Satanás con que más pronto nos despeñe, que con el propio juicio» (5). Ciertamente es muy difícil de vencer por lo arraigado que está en nuestro cora-

(1) Lib. 3, in Matth., cap. 19.

(2) Ezech., VIII, 3.

(3) Génes., II, 17.

(4) I. Reg., XIII, 12.

(5) Collat. 2, cap. 5.

zón, y no obstante, es la primera condición que exige el Salvador divino á quien desee imitarlo. *Quien quiera seguirme, dice, reniegue de sí mismo* (1), esto es, deponga todo orgullo, toda presunción, toda soberbia; renuncie con gusto al propio parecer; desconfíe enteramente de sí mismo; ceda á la opinión ajena y desprecie por humildad la propia; créase el más digno de desprecio; desee servir y aprender de los demás, y aun júzguese indigno de ello y téngase por el más ruin é inepto de los mortales. Esto es más duro de lo que muchos creen, y no obstante, repito, en eso consiste la mortificación interior. Verdaderamente esa abnegación, esa renuncia es meritoria en sumo grado, porque supone un esfuerzo, una lucha, un sacrificio heroico, propio y exclusivo de los que desean con empeño imitar á Cristo, que *se anonadó á sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte de cruz* (2).

Voluntad propia. Y si la mortificación del entendimiento es tan difícil, no lo es menos la de la voluntad. Por voluntad propia entiende San Bernardo «la que ni es de Dios, ni de nuestros superiores, ni común á los buenos, sino solamente nuestra, con desordenada inclinación á nuestro propio gusto, aunque sea pisoteando el de todos los demás» (3). *Los que obran movidos por el Espíritu de Dios, dice el Apóstol, esos son hijos suyos* (4); pero los pertinaces en su propio sentido, son hijos del demonio; pues, como nota el Beato Juan de Avila, «la propia voluntad es casa del demonio, en la cual se asienta como rey en su trono, mandando desde allí á todo hombre» (5), y digno fruto de ella, escribe el apóstol Santiago, *son nuestros desabrimientos, tristezas y trabajos* (6). En cambio, arrancada del corazón esta voluntad, no sólo cesarán las penas de este mundo, mas también las del otro; pues, como

(1) Matth., XVI, 24; Luc., IX, 23.

(2) Philipp., II, 7-8; Psal. XXI, 7.

(3) Serm. 3, de Resurrect.

(4) Rom., VIII, 14.

(5) Audi, filia, cap. 100.

(6) Jacob., IV, 1.

afirman San Bernardo y Santo Tomás, «cese la propia voluntad y no habrá infierno» (1). «Muchos, dice San Juan de la Cruz (2), se dan á la oración y mortificación, se ejercitan de alguna manera en las virtudes, y hasta se creen muertos al mundo y quizá lo estén en algún grado; pero no están muertos espiritualmente á sí mismos, que es lo que nos aconseja Jesucristo; porque si se les toca en lo vivo del amor propio, si se les contradice ó se les ofrece algún trabajo, alguna injuria, alguna prueba de las que Dios suele permitir, ponen el grito en el cielo y se defienden con tenacidad, y esto no es propio del que ha llegado á la completa negación de sí mismo». Refiere á este propósito el P. Nieremberg de un loco que dió en la manía de que estaba muerto. Poníase un saco por mortaja y tendíase en el suelo para que le dieran sepultura, y así pasaba horas enteras haciendo su papel de difunto. Cierta día le pinchó uno con un alfiler, y él, levantándose de repente, le dijo montado en cólera: «Yo le juro que, si no estuviera muerto, me la había de pagar». Dicho esto, volvióse á tender en el suelo como antes (3). De suerte que el loco estaba muerto en su imaginación, pero en realidad estaba vivo, y bastó pincharle para que se levantara enfurecido. Esto acontece á muchos; imagínanse que están ya muertos á sus pasiones, y aún permanecen vivos y enteros en su juicio y propia voluntad.

Práctica. Para lograr esta negación heroica de nuestra voluntad, acostumbremos á negarla en cosas pequeñas y fáciles. Por ejemplo, no hagamos, ni pensemos, ni hablemos cosa alguna por cumplir nuestra voluntad. Antes de comer, mortifiquemos el apetito de la gula y ordenemos la comida á obediencia de Dios, que manda que comamos para sustentar

(1) Serm. 3, de Resurrect. Domini; 1. 2, q. 77, art. 4.

(2) Sub. al Monte Carm., cap. 8.

(3) En Barcia, serm. 17.

nuestra vida. En todas las cosas procuremos quitar la propiedad de nuestro deseo y voluntad, y hacerlo porque Dios ó nuestros superiores lo mandan. Porque una voluntad acostumbrada á hacer lo que quiere en cosas de importancia, se hallará muy rebelde para negarse en las mayores. Cierta que esto es muy trabajoso, pero *todo lo podemos con la gracia de Dios* (1), y no por ello debemos desalentarnos, pues el religioso, como buen soldado de Cristo (2), debe arrostrar con frente serena todas las dificultades y peligros, sabiendo que tiene asegurada la victoria con el auxilio divino (3), y como dijo Salomón: *Mejor es el varón sufrido que domina sus pasiones, que un conquistador de ciudades* (4). Es más de admirar la fortaleza del Santo Job en el muladar, que la de Alejandro en sus triunfos militares.

A luchar, pues, con denuedo contra *este cuerpo de muerte* que tiene tramada nuestra perdición. A luchar con nuestros sentidos, poderosos auxiliares del enemigo de nuestras almas. A luchar con nosotros mismos, negando nuestra voluntad y hollando el propio juicio, porque una y otro son malos consejeros y enemigos jurados de nuestra salvación. Esta es la triste condición de los mortales: vivir apercebidos para *luchar en las batallas del Señor* (5) contra las astucias de la antigua serpiente (6) mientras durare la vida. Sólo en el cielo, patria de los justos, podremos hallar descanso, porque allí cesa el combate. Pero aquellas puertas eternas no se abren, si no se muestran antes las heridas recibidas en la batalla y los despojos arrebatados al enemigo. Estas heridas y estos despojos, convertidos en joyas de valor inestimable, formarán la corona de gloria prometida por Dios *al que ven-*

(1) Philipp., IV, 13.

(2) II. Timoth., II, 3.

(3) Psal. IX, 10; Psal. XC, 15; II. Timoth., III, 11.

(4) Prov., XVI, 32; Rom., XII, 12; I. Petr., II, 20.

(5) II. Reg., XXII, 35.

(6) Génes., III, 1; Apocal., XII, 9.

ciere (1), y engalanados con ella, entraremos triunfantes en la *nueva Ferusalén* (2) para cantar el himno de eterna gratitud (3) con los ángeles y santos por los siglos de los siglos.

(1) Apocal., III, 21; Tobiaæ, III, 21;
Jacob, I, 12; I. Petr., V, 4.

(2) Apocal., XXI, 2.

(3) Psal. XCIX, 4; Psal. CXLVIII,
14.



RENUNCIA DE TODA PROPIEDAD